

José LASSO DE LA VEGA Y SANCHEZ y otros. *La enseñanza de las lenguas clásicas.* Tratado de Educación Personalizada, dirigido por Víctor García Hoz. Madrid, Rialp, 1992, 295 pp.

Comienza este tratado con palabras de presentación a cargo del ilustre Víctor García Hoz, quien destaca la necesidad de publicar un trabajo de orientación pedagógica en lo relativo a la enseñanza de las lenguas clásicas, porque el predominio de la mentalidad utilitaria y técnica presiona fuertemente para que los estudios clásicos queden arrinconados. Mediante un símil, García Hoz compara la formación humana con un árbol de gran porte que necesita, para no caer, raíces profundas. El hombre actual, al recibir una educación pragmática que sólo mira a los conocimientos relativos a los bienes y necesidades materiales, tiene una visión superficial de la cultura y, entonces, es preciso que vuelva a su raíz, en donde se hallan las lenguas latina y griega.

Según García Hoz es adecuado que el estudio de las clásicas se ubique en el marco de la educación personalizada, porque éste se apoya en las nociones de verdad, persona, conocimiento, libertad, las cuales nacieron en la civilización grecorromana.

Se desenvuelve la obra a lo largo de nueve capítulos, que son en realidad otros tantos artículos sobre diversos temas; contiene también dos apéndices y una bibliografía.

El primer capítulo, a cargo de José Lasso de la Vega, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense, incluye "Pasado y presente de las lenguas clásicas en España" y "El profesor de lenguas clásicas y el Humanismo": aquí se exalta la tarea del filólogo clásico, de quien se dice que no es el especialista miope que practica, de un modo mecánico y más o menos original, la crítica textual, ni tampoco el lingüista que ve en la lengua un objeto exclusivo y cerrado, sino aquel que ve en ella un instrumento de comprensión psicológica, estilística y un vehículo de la historia del pensamiento. La filología ilustra sobre el pasado en cuanto ὄντα, y hereda por ello el 'ethos' de la antigua poesía. La esencia de la filología clásica está en ser una *reconstrucción*, una *resurrección* de vivencias pretéritas, que por eso son clásicas, porque perviven.

El capítulo segundo, "La 'educación formal' mediante el griego antiguo", también escrito por José Lasso de la Vega, insiste en que formar es educar y el vocablo latino *forma* es, en tal sentido, traducción del platónico εἶδος. Por su estructura propia, la lengua es un sistema de relaciones formales. En sus grados inferiores, la enseñanza del griego destaca necesariamente ese elemento formal. Si nuestra enseñanza ha de ser humanista y real, hay que ampliarla a las cosas, a las grandes realidades del mundo y de la vida, como fueron vistas por los griegos: Dios, hombre y mundo; naturaleza y cosmos; vida y muerte; sociedad, estado y política; tiempo e historia; destino y carácter. No enseñamos a leer en griego sólo para aplicar las reglas gramaticales, sino también para apropiarnos del mundo del autor que leemos.

Por otro lado, es una obligación pensar qué les queda a los estudiantes cuando se desvanecen de su memoria los conocimientos correspondientes a la gramática griega. Debe quedarles una agilidad mental incrementada, concentración y disciplina del espíritu, capacidad de ordenar categorías. Ello es así porque los valores educativos de la lengua y de la realidad que esa lengua expresa -una determinada concepción del mundo- son solidarios e inseparables. Entre una lengua y el pueblo que la habla ocurre una concordancia fundamental.

Pero, para acceder al mundo de la cultura griega no hay otro camino que entrar en él por la lengua, aunque este camino será completado por algún otro. La educación clásica *debe enseñar a leer*, pero también *debe enseñar a ver*. Es necesario entrar en la lengua para llegar al *ser*. Ya lo afirmaba Heidegger al sostener que la lengua es la casa del ser, que en su morada habita el hombre y que pensadores y poetas son los guardianes de esa morada.

Así pues, la crítica según la cual la enseñanza del griego es meramente lingüística, no sería una acusación sino un elogio; lo que sucede es que, tristemente, esa lengua parece reducirse sólo a lo gramatical y verbalista; en los exámenes y concursos, sólo se pide al estudiante o candidato a cátedra que demuestren su capacidad de traducción, sin solicitar lo que Lasso de la Vega llama el $\lambda\acute{o}\gamma\omicron\nu\ \delta\iota\delta\acute{o}\nu\alpha\iota$.

El autor de este capítulo sugiere utilizar, para hacer concreta la educación formal en la enseñanza del griego en los primeros cursos, el método histórico-comparado, sobre todo entre categorías lingüísticas en las diferentes lenguas conocidas por el estudiante (la propia, griego y latín).

Eugenio Lázaro García es el responsable del tercer capítulo, "La lengua latina en la enseñanza media": parte de la creencia en la necesidad de incluir en la etapa secundaria de la enseñanza, el latín, porque tiende a la formación del individuo y lo prepara para la vida en sociedad. El profesor, en sus explicaciones gramaticales, debe buscar los aspectos unitarios, los fundamentos que iluminen el comportamiento de la lengua. Los aspectos particulares y concretos tienen que ser abordados con los textos.

Este capítulo es una breve gramática latina que abarca una introducción, en que ubica el lugar del latín en el grupo de las lenguas flexivas, la fonología (cantidad, acento, fonemas, fenómenos fonológicos); formas y funciones, en donde se exponen de modo sintético los elementos variables del latín y sus valores como significantes de funciones en la frase; bajo este último título se tratan los sustantivos y adjetivos, la voz, la flexión pronominal, la frase verbal y nominal, el tiempo y el modo verbal, la coordinación y la subordinación, el estilo indirecto y la asimilación temporal y modal.

Fernando García Romero, profesor titular de Filología Griega en la Universidad Complutense de Madrid, tiene a su cargo el capítulo cuarto, "La selección de textos griegos". Considera que la selección de textos es asunto de extraordinaria magnitud, porque de ello depende la afición, el rechazo o la indiferencia de los alumnos hacia esta disciplina. El texto no puede ser elegido porque sirva para ilustrar enseñanzas gramaticales teóricas, pues el aprendizaje de la gramática es un medio y no un fin en sí mismo. En relación con ello, aconseja disminuir al mínimo la traducción de frases breves aisladas y ficticias, acuñadas sólo para practicar y fijar las reglas gramaticales, porque ello produce la separación de los contextos lingüístico, literario y cultural. Es mejor presentar, desde el principio, textos accesibles para los alumnos, que eviten tal distorsión. Se puede recurrir a textos adaptados como los que ofrece el método "Reading Greek", que desde un comienzo introduce al alumno en textos de tema plenamente griego y le facilita la adquisición paulatina de las normas gramaticales básicas y de un amplio bagaje léxico; así el alumno puede, en poco tiempo, no sólo traducir sino también leer y adquirir las nociones esenciales sobre el pensamiento y la literatura griega. Es partidario de seleccionar textos de varios autores, a fin de ofrecer al alumno una visión más eficaz de las distintas épocas, géneros, escritores, estilos e ideas de la literatura griega. Los criterios pueden ser o bien cronológicos, o bien de formación de antologías. Estas, a su vez, podrán ser temáticas o formarse por géneros literarios. Es mejor que el profesor no utilice antologías ya preparadas, sino que haga una propia, a fin de sentirse motivado año tras año y poder seleccionar los temas y pasajes que considere más adecuados para cada ocasión.

En el capítulo quinto, Enrique Otón Sobrino dirá, con referencia a los textos latinos, que es más adecuado y congruente el ofrecer el texto tal cual ha sido escrito por el autor, por dos razones: a) no quebrantar la originalidad; b) la propia dificultad ha de constituirse en la mejor invitación al estudio. Sólo cuando el problema aparece en toda su dimensión, éste será resuelto y así el alumno desarrollará un mecanismo que podrá aplicar en dificultades semejantes. De este modo, se producirá un encuentro con el texto; a partir de

esa comunión o de ese divorcio, nuestra vida quedará marcada. En la labor de comprensión, grande es la responsabilidad del profesor, pues a él le compete decir al alumno que, pese a lo nebuloso que le rodea, un día llegará en que también a él este gozo le será conferido. El texto es algo más que la frase escrita, inerte sobre un pliego blanco; por ello, su comprensión es una tarea ética. De ahí que la exigencia debe ser implacable, porque no está en juego nada baladí.

Respecto del problema de la traducción literal o libre, afirma que la difícil tarea de traducir ha de enseñarse en un ámbito de libertad, que sepa comprender el texto desde sus muchas vertientes. El alumno partirá, como punto de arranque, de la creencia según la cual toda traducción es, respecto de su original, deficiente. El ideal es llegar a pensar el texto en su propia lengua; luego, realizar una primera traducción que se aproxima en sentido y, finalmente, ensayar la traducción definitiva, en la que el profesor hará, con habilidad didáctica, que influya el cúmulo de lecturas en otras literaturas.

¿Cómo elegir el texto? Se dice que debe irse desde lo más fácil; sin embargo, resulta incierto afirmar qué es fácil, pues cada texto tiene su escollo. El gran abanico de la literatura latina permite una elección de escritores acorde con la auténtica situación de los educandos.

Felipe Hernández Muñoz aborda el tema "La traducción", en el capítulo seis, considerando que los textos constituyen el núcleo esencial de la enseñanza de las Humanidades. Cuanto antes es necesario poner ante los ojos de los alumnos, no textos ficticios, sino los propios textos originales.

Se plantea luego el problema de la posibilidad de la traducción. En general, existe pesimismo respecto de ello; ya Dante sostenía que ninguna obra inspirada por las Musas puede ser traducida de una lengua a otra sin perder dulzura y encanto. Un adagio italiano afirma "El traductor, traidor"; en cambio, Azorín exhorta a realizar traducciones, aunque la empresa sea exigente, imperfecta, ingrata. Debemos tener en cuenta que la traducción es, ante todo, una conversión de símbolos y que todo lenguaje está limitado por una frontera de inefabilidad.

Examina luego las dos posiciones predominantes respecto de la traducción, la literal y la literaria, según las épocas. Asimismo, se detiene en los siete métodos que R. Nickel aconseja, a la hora de traducir un texto: el de la construcción, el analítico, el literal, el de la lectura natural, el de la lectura comprensiva, el combinado y el total.

Considera también la traducción inversa o retroversión a la que estima muy útil porque obliga al alumno a enfrentarse con las verdaderas dificultades de una lengua y revela, como ningún otro sistema, las diferencias con la suya propia.

Otro problema que aborda el Profesor de Latín o Griego es la explicación de textos, tema que trata José Lasso de la Vega en el capítulo siete. Esta explicación es el análisis metódico de sus rasgos lexicológicos y sintácticos, sus figuras de dicción y elementos rítmicos, traduciendo luego esos procedimientos artísticos al lenguaje comunicable, analítico, del crítico. Para su exposición de lo que debe abarcar una verdadera explicación de textos, toma como punto de partida uno de los trozos más famosos de la literatura griega: el discurso fúnebre que Tucídides pone en boca de Pericles.

María Teresa Gállego Pérez se preocupa, en el capítulo ocho, de la enseñanza del vocabulario del griego antiguo; nos llama la atención, sobre todo, su interés por los campos léxicos y sus consejos sobre la conveniencia del estudio de las familias de palabras.

Los medios audiovisuales en la enseñanza de las lenguas clásicas constituyen el tema del último capítulo de este interesante libro de educación personalizada. Estos medios se han transformado en imprescindibles en nuestra sociedad porque cada vez está ella más dependiente de lo audiovisual. Sin embargo, se debe evitar que los alumnos caigan en una actitud exclusivamente receptiva, pasiva, ante todo lo que ven y oyen, carentes del menor espíritu crítico y creativo.

Interesante la sugerencia de idear historietas gráficas (comics), con temas tomados de Platón o Luciano, sin olvidar nunca la edad de los alumnos a los que se recomienda su uso. Otra sugerencia es la confección de diaporamas, breves y sencillos montajes sobre la base de imágenes fijas, acompañ

das de banda sonora, que versen sobre los contenidos del programa.

Como en otros aspectos de la vida, hay un equilibrio entre el uso de audiovisuales y de enseñanza oral. Cada profesor marcará en él su impronta y decidirá de qué manera mejoran la actitud y la aptitud de sus alumnos.

El libro que nos ocupa concluye con dos apéndices, el primero relacionado con la necesidad de incluir el latín en el bachillerato, porque enseña a pensar y es llave de futuros aprendizajes, y el segundo referido a la necesidad de lograr la adquisición de léxico. Aprender vocabulario es ir convirtiendo en imágenes las estructuras abstractas de una lengua. Dolores Rodríguez Fraile, autora de este segundo apéndice, sugiere un diccionario construido por cada alumno, destinado a memorizar vocabulario latino, a partir de palabras de gran frecuencia en español.

La lectura de esta obra nos deja como conclusión que, frente a olvidos y cegueras, hay un único rumbo cierto: hablar de educación sin latín y sin griego es como pensar en una planta sin raíces.

María del R. Ramallo de Perotti